

SANTA GENOVEVA.



PRIMERA PARTE,

en que se refiere la peregrina historia y trágica vida de la penitente anacoreta, la princesa de Bravante, SANTA GENOVEVA, sacada de la vida de la misma Santa.

No canto fingidos hechos,
ni invento falsas novelas,
que en dorada copa brindan
estrágos á la inocencia;
canto sólo para dar
un diseño donde vea
el mundo todo, que Dios,
amoroso padre, vela

favoreciendo al que sigue
de sus preceptos la senda.
Canto la trágica vida
de una singular princesa,
cuyos prodigios agotan
los ríos á la elocuencia.
De los duques de Bravante
cuya antigua estirpe regia

produce con los laureles
 enlazadas las diademas,
 nació un mónstruo de hermosura
 de los que naturaleza
 gastó un siglo en producir,
 pues en ello sólo intenta
 acumular perfecciones
 que el sexo frágil desmienta.
 Por el agua del bautismo
 subió á superior esfera,
 siendo ángel en su alma
 que en su cuerpo ya lo era.
 A petición de los duques
 su nombre fué Genoveva,
 aunque después el de ángel
 se mereció por sus prendas.
 Crióse en la tierna edad
 dando tan sensibles muestras
 de su gracia y su donaire,
 que todos á competencia
 admiraban ver unidas

una á tan pequeña
 discreción de muchos años
 y de pocos la inocencia:
 apenas empezó á andar
 cuando dió tan claras muestras
 que al retiro y soledad
 la destinaba su estrella.
 A este fin en un jardín,
 donde Flora y Amaltea
 empeñaron sus pinceles
 para ostentar su destreza,
 halló un sitio retirado
 entretegido de yerbas.
 Allí formó una capilla
 de mil primores compuesta:
 después hizo un altarito,
 que fué el ara donde empieza
 á ofrecer al Redentor
 primicias de su inocencia.
 Esta fué su diversión,
 y á su culto siempre atenta,

no dió lugar á los juegos
 que lleva la edad primera.
 Así vivió entretenida
 hasta que su fama vuela
 por el Orbe despertando
 príncipes que la pretendan.
 Muchos al duque su padre,
 con muy rendidas ofertas
 la pidieron por esposa;
 sólo pudo merecerla
 el gran conde Palatino,
 Sigifredo, cuyas prendas
 aun mayores que la fama,
 compiten con su nobleza.
 Celebráronse las bodas:
 discipiente Genoveva,
 que amaba más su retiro,
 y sólo por obediencia
 trocó en brazos de himeneo
 el puro esplendor de Vesta.
 Vivieron algunos años

disfrutando la riqueza
 con que afable la fortuna
 les brindaba á manos llenas,
 hasta que le fué preciso
 á Sigifredo la ausencia,
 por combatir el orgullo
 con que la africana secta
 intentaba enarbolar
 en la Galia sus banderas.
 No esperando los suspiros
 con que sintió Genoveva
 la marcha de su marido
 á tan peligrosa guerra:
 baste decir que la amaba,
 que el pecho donde amor reina,
 más sabe sufrir la muerte
 que tolerar una ausencia.
 Tiene el conde un mayordomo,
 á quien con extremo aprecia:
 á éste le encarga que cuide
 con esmero y diligencia

de su esposa, pues se parte
dejándole el alma en ella.
Alegróse el mayordomo,
y con traidora reserva
ofrece rendido al conde
atender á Genoveva.
Oh pobre inocente conde!
ojalá no te partieras,
pues tienes mayor contrario
en tu casa que en la guerra!
Ausentóse al fin el conde,
quedándose la condesa
en cinta de pocos meses;
y el mayordomo que encuentra
la ocasión que pretendía
soltó á su furor la rienda.
Primero disimulaba
por no atreverse á la esfera
de tanto sol, contemplando
que son la alas de cera,
pero como nunca el fuego
puede ocultarse su fuerza,
que en muy estudiadas veces
explicara á Genoveva
el incendio que ocultaba;
pero siempre la princesa
disimulaba advertida
creyendo que á la insolencia
suele ser freno el desprecio.
Mas la engañó, pues empieza
sin rebozo el mayordomo
á constrar su pureza
hasta tanto que furioso
un día en su cuarto entra
con un puñal en la mano,
diciendo de esta manera:
señora, no es atrevido
el que fino amante llega
á explicar aquel incendio
que por sí se manifiesta.
Yo vivo por tí muriendo,
y por aliviar mi pena

he resuelto declararme,
porque es preciso que vea
logrado el fin de mis ansias,
ó que de una vez perezca
á los filos de este acero;
en tus manos, gran princesa,
está mi vida y mi muerte.
Aun no dejó Genoveva
que acabara el mayordomo
de declarar su insolencia,
cuando con un santo enojo
desató su pura lengua,
diciendo: loco, atrevido,
es esta aquella promesa
con que ofreciste á mi esposo
servirme mientras su ausencia?
Vete de aquí si no quieres
(indigno de mi presencia)
que llamando á los criados
castiguen tal desvergüenza.
Ausentóse el mayordomo;
mas como rabiosa fiera
levanta sus venganzas
por ver frustrada su idea.
Y así un día á los criados
llama con grande reserva
y les dice: amigos míos,
ya es preciso que mi lengua
publique lo que ocultaba,
si tan público no fuera.
Sabed, por todas las leyes
de cristiandad y nobleza
vive mal entret-nida
la princesa Genoveva
con un infame criado,
hombre de muy baja esfera:
La deshonra es ya notoria,
y temo que el conde sepa
lo que pasa en su palacio
antes que yo le dé cuenta:
mi dictamen es que al punto
este criado se prenda.

y que en una oculta sala
 pongamos á la princesa
 hasta dar aviso al conde.
 Ejecutó la sentencia
 el ingrato mayordomo,
 y envía con diligencia
 un posta, en que al conde
 del suceso diese cuenta:
 dejemos marchar al posta
 y vamos á la condesa.
 Apenas se vió cerrada,
 cuando en lágrimas deshecha
 suspira quejosa al cielo
 implorando su clemencia.
 ¿Qué delito he cometido
 (decía con dulces quejas)
 ¡oh Dios! para que así trates
 á esta humilde esclava vuestra?
 Pero si es, Señor, tu gusto
 acrisolarme con penas,
 vengan más y más trabajos,
 que yo me doy por contenta
 en saber que yo padeczo
 porque tú, mi Dios, lo ordenas.
 Mas creciendo sus fatigas,
 conociendo que se llega
 el parto sin tener nadie
 que pudiese socorrerla,
 y así sola entre suspiros,
 entre sollozos y penas,

dió á luz un hermoso infante
 heredero de su estrella,
 pues aun antes de nacer
 ya tenía la sentencia
 de muerte, que el mayordomo
 por culpar más la inocencia
 y dar color á su engaño,
 publicó que el niño era
 parto de los torpes lazos
 en que estaba la condesa.
 Apenas le vió nacido
 sobre la desnuda tierra,
 la triste madre le dice:
 verdaderamente, apenas
 has nacido, hijo del alma,
 y á padecer ya empiezas
 la tormenta en que naufragas,
 y has de ser de mi tragedia
 cómplice de mi fortuna
 porque así el cielo lo ordena,
 y si en este desamparo
 no puedo aliviarte, espera
 te daré lo que más vale,
 alistándote en la iglesia.
 En este devoto empleo
 dejemos á Genoveva
 y en el segundo romance
 daré fin á la tragedia
 de la penitente vida
 de esta gloriosa princesa.



SEGUNDA PARTE,

en que se da fin á la peregrina historia y trágica vida
de Santa Genoveva.

Militaba Sigifredo
contra la tropa agarena,
dando asuntos á la fama
y triunfos á sus banderas,
cuando recibió del posta
las cartas en que le cuenta
el mayordomo el enredo
con que culpó á Genoveva.

Apenas las leyó el conde,
cuando, como cruel fiera,
saliendo de sí furioso
esclamó: ¡oh vil princesa!
así miras por mi honor
al tiempo que yo en la guerra
con mi propia sangre añado
nuevo lustre á tu nobleza!
Es posible que así pagues
el amor y la fineza
con que siempre te he querido?
Qué se hizo la firmeza?
mas qué es esto que me pasa?
no es posible de que quepa
tal desorden en mi esposa,
más pura que las estrellas;
pero cómo no ha de ser
si lo dice y lo publica
esa infamia, que es aborto
de su torpe incontinencia?
Oh tirana! yo te ofrezco

el darte la recompensa
por tu loco devaneo!
Así dijo, y con presteza
escribió y despachó al posta
con una carta que entrega
al mayordomo, en que el conde
manda que con cautela
al criado den la muerte,

con el hijo que ha parido
la retiren á una sierra,
donde les quiten las vidas,
y que le traigan por señal
de que queda ejecutado
la lengua de la princesa.
Alegróse el mayordomo
con estas infaustas nuevas;
al punto le dió al criado
un narcótico en que beba,
sin ser sentida, la muerte;
y manda que á Genoveva
la avisen que se prepare
que está la muerte muy cerca.
Llevaronla la noticia
á esta invencible princesa,
y bañada en tierno llanto
arroja al cielo las quejas
diciendo: ¡oh Jesús piadoso!
¿es justo que la inocencia

padezca tales rigores
 á manos de la insolencia?
 Si yo acaso os he ofendido,
 pague yo sola la pena;
 pero este inocente niño,
 qué culpa tiene? qué ofensa
 pudo cometer naciendo
 sino nacer de mi misma?
 ¡Ay hijo de mis entrañas,
 que has nacido á tantas penas
 por nacer de una infeliz!....
 mas detente; infame lengua,
 que quiero morir gustosa,
 supuesto que así lo ordena
 aquel Dios á quien he dado
 de mi amor la mejor prenda.
 Mientras tanto el mayordomo
 á dos criados les ruega
 que con disimulo saquen
 hacia un bosque á la princesa
 con su hijo, y que á los dos
 de su carta Sigifredo,
 para vengar su afrentas.
 Obedecen los criados,
 y á estos dos corderos llevan
 para ser sacrificados.
 Aquí enmudece la lengua,
 aquí faltan los sentidos
 y el corazón titubea
 al oír el dulce llanto,
 los suspiros y las quejas
 con que amante se despide
 de su casa Genoveva.
 Adiós, vasallos, decía,
 adiós montes, adiós selvas,
 adiós, patria amada mía,
 adiós amigos, que es fuerza
 obedecer á mi esposo;
 llorad tristes mis exequias,
 y sedme fieles testigos
 que mantuve la fineza

que á tal esposo debía.
 Con esto llegó á la breña
 destinada para el campo
 de tan funesta tragedia.
 Paráronse los criados,
 y la dicen: Genoveva,
 como mandados venimos
 á ejecutar la sentencia
 que ordena el conde, tu esposo,
 y así es preciso que muera
 este niño, y luego tú
 la misma suerte padezcas.
 Dijeron, y al dar el golpe
 en aquella planta tierna,
 les dijo la triste madre;
 detened, si no sois fieras,
 ese golpe en mí primero
 el agudo acero hiera,
 y no queráis que una triste
 duplicada muerte tenga
 viendo morir á su hijo.

Mas por alta providencia
 los criados se conduelen,
 y entre sí mismos conciertan
 dejar vivos á los dos
 en aquella oculta sierra.
 Así lo hicieron, llevando
 al mayordomo la lengua
 de un perro, con que ocultaron
 su compasiva clemencia.
 Quedáronse los dos solos
 en la intrincada maleza
 de aquel monte, sin tener
 más abrigo que las peñas,
 más amparo que el del cielo,
 ni más compañía que fieras.
 Anduvieron algún poco
 al eco de una risueña
 fuente que les convidaba
 con sus cristalinas perlas.
 Se acercó la triste madre,
 y reparó que allí cerca

se ocultaba entre las ramas
 una retirada cueva.
 Alegróse por hallar
 algún sitio donde pueda
 reclinar al tierno infante
 seguro de tantas fieras.
 Levantó al cielo los ojos,
 y agradece con fineza
 encontrar algún amparo
 contra tantas inclemencias.
 En este tiempo repara
 que por la celeste esfera
 baja un ángel, que en sus manos
 trae la imagen más perfecta
 de Jesús crucificado,
 y llegándose á la cueva,
 la dice en dulces palabras;
 «Ea, amada Genoveva,
 por más penas que te sigan,
 por más trabajos que tengas
 los endulzará Jesús

con la sangre de sus venas,
 en él hallarás alivio,
 veslo aquí, lo dejo en prendas
 de que no te desampara;
 vive en Dios, con él te quedas.»
 Desapareció el ángel,
 quedó la santa princesa
 tan alentada, que todos
 los trabajos é inclemencias
 los llevaba con mas gusto
 que su perdida grandeza.
 Así pasó algunos días,
 manteniéndose con yerbas,
 con que llegó á tal estado,
 que perdida la belleza
 de su rostro, aun no era sombra
 de su antigua gentileza;
 pero lo que más la aflige
 es que la mucha abstinencia
 la debilita, de modo
 que falta á sus pechos néctar

con que mantener al niño
 que con llantos y con señas
 la pedía de mamar,
 y acudiendo á la clemencia
 de Jesús crucificado
 reparó que hacía la cueva
 se venía apresurada
 una muy hermosa cierva,
 que acercándose al niño
 dió de mamar halagüeña,
 Con este raro prodigio
 se consoló Genoveva,
 y más viendo que dos veces
 en cada día la cierva
 daba de mamar al niño.
 Dejemos á la princesa
 y vamos á Sigifredo,
 que concluida la guerra
 se volvió á su palacio,
 sin apartar de su idea
 la muerte que mandó dar
 su amada Genoveva.

Andaba siempre confuso,
 culpando su ligereza
 en mandar quitar la vida
 sin examinar las pruebas.
 Los amigos le acompañan
 y piden que se divierta:
 á este fin dispuso un día
 irse á un bosque, donde pueda
 divertir su pensamiento
 en la gustosa tarea
 de la caza y convidando
 á sus parientes, se acercan
 á un monte, y á pocos pasos
 descubrió el conde una cierva,
 que medrosa se retira,
 y Sigifredo se empeña
 en seguirla, hasta tanto
 que se amparó en una cueva,
 adonde lleva al conde
 la divina Providencia.

De-montóse del caballo
 para hallar con más presteza
 la cierva que perseguía,
 y muy cerca de la puerta
 divisó un bulto, y dudando
 si era hombre ó era fiera,
 entre confuso y turbado
 le preguntó que quién era;
 entonces ahogada en llanto
 le respondió la princesa:
 soy una infeliz mujer,
 la que trajo á esta aspereza
 el haber sido constante;
 y por escusar molestias,
 digo de una vez que soy
 la infelice Genoveva.
 Apenas la escuchó el conde
 cuando postrado en la tierra
 la pide que le perdone,
 diciéndola: ¡oh gran princesa!
 que soy quien tiene la culpa,
 por creer con ligereza
 delitos donde no caben.
 Perdóname, amada prenda,
 y á trueque de hallarte viva
 cesen pasadas ofensas.
 Convocó á los compañeros
 y del caso les da cuenta.
 Vinieron á la ciudad,
 y con suntuosas fiestas
 celebraron el hallazgo
 del infante y la princesa.
 Luego al punto manda el conde

que al mayordomo se prenda,
 y que atado á cuatro brutos
 pague este infame la pena
 de haber supuesto el delito
 contra tan santa princesa.
 Poco el gusto le duró,
 porque la mucha abstinencia
 que por casi siete años
 padeció esta gran princesa
 la redujo á tal estado,
 que sin poder socorrerla
 llegó el trance de la muerte,
 porque es tiempo de que tengan
 su premio tantos trabajos
 y goce la gloria eterna.
 Sintiólo en extremo el conde,
 que fino amante quisiera
 morir también con su esposa
 por no morir de pena.
 Y viendo cuán poco dura
 de este mundo la grandeza,
 se retiró con su hijo
 á una religión austera,
 donde haciendo santa vida
 fueron á gozar la eterna.
 Esta es la admirable historia
 de la trágica princesa
 de Bravante, cuya vida
 la santa romana iglesia
 nos propone por ejemplo.
 Pidámosla nos defienda
 de traidores enemigos
 y de tan nocivas lenguas.

FIN.